



UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY



**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA**  
**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**Trabajo Final de Grado**

***Locura, escritura y capital simbólico: el caso de Roberto de las Carreras***

**Modalidad: Ensayo Académico**

Estudiante: Andrea Blanco  
C.I: 4558277-0  
Tutora: As. Mag. Paola Behetti  
Revisora: As. Dra. Verónica Pérez

Montevideo, febrero de 2026

## Resumen

El presente trabajo final de grado analiza la relación entre la locura y la escritura en la figura de Roberto de las Carreras, autor uruguayo del novecientos cuya vida y obra se desarrollaron en los márgenes del canon literario y de la normativa social de su época. A partir del estudio de su trayectoria vital, su producción literaria y el contexto histórico, cultural y político en el que se inscribe, se indaga cómo los discursos sobre la locura, la sexualidad y la moral burguesa influyeron en la construcción de su subjetividad y en los procesos de exclusión que marcaron su destino.

El trabajo se estructura en dos partes. En la primera, se aborda el contexto del 900 uruguayo y se analizan aspectos centrales de la vida y la obra de Roberto de las Carreras. En la segunda parte, se desarrolla un recorrido por la historia de la locura, tomando como eje los aportes de Michel Foucault y su articulación con la psiquiatría en Uruguay, estableciendo un paralelismo entre estas construcciones históricas y la experiencia de reclusión del autor.

Se propone pensar la locura como una experiencia históricamente situada, atravesada por las relaciones de poder, discursos institucionales y capital simbólico.

**Palabras clave:** Roberto de las Carreras, locura, escritura, psicoanálisis, subjetividad, suplencia, capital simbólico.

## Índice

<b>Resumen</b>	<b>2</b>
<b>Índice</b>	<b>3</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>4</b>
<b>PRIMERA PARTE: CONSTRUCCIÓN DEL CASO: COORDENADAS DE LA EMERGENCIA DE UNA POSICIÓN SUBJETIVA</b>	<b>6</b>
Contexto del 900	6
La vida y la escritura como escenario del síntoma	7
Del erotismo al misticismo	20
<b>SEGUNDA PARTE: LA LOCURA COMO PROBLEMA HISTÓRICO Y DISCURSIVO</b>	<b>23</b>
La locura como construcción histórica	23
Paranaguá y la Nave de los Locos	25
Configuraciones de la locura en Uruguay	25
El encierro en el Montevideo colonial	26
<b>REFLEXIÓN FINAL</b>	<b>30</b>
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</b>	<b>32</b>
<b>ANEXO I: ARCHIVO FOTOGRÁFICO</b>	<b>34</b>
<b>ANEXO II: ENTREVISTA A MARCOS WASEM (FRAGMENTOS)</b>	<b>38</b>

## INTRODUCCIÓN

En el marco de la formación de grado en psicología, y ante la necesidad de definir un tema para el Trabajo Final de Grado, me propuse abordar un estudio de caso desde una lectura psicoanalítica, tomando como eje la figura de Roberto de las Carreras. Esta elección surge a partir del interés suscitado en el seminario optativo *El caso en psicoanálisis*, instancia que despertó especialmente mi curiosidad y habilitó la interrogación por las condiciones de producción de un caso más allá de la mera reconstrucción biográfica.

Roberto de las Carreras se presenta como una figura singular dentro del campo cultural uruguayo del novecientos, cuya vida y obra se desarrollan en tensión con las normas sociales, morales y políticas de su época. Su trayectoria marcada por la transgresión, la exposición de la intimidad y la construcción de sí como personaje, permite interrogar la relación entre escritura, subjetividad y locura, en un contexto histórico atravesado por la emergencia de los discursos psiquiátricos y los procesos de medicalización.

En este sentido el trabajo se inscribe en una doble coordenada. Por un lado, se propone la construcción del caso de Roberto de las Carreras, atendiendo a los elementos de su biografía, su producción literaria y las modalidades de lazo social que lo caracterizan. Por otro lado, se articula esta lectura con un abordaje histórico de la locura, tomando como referencia los aportes de Michael Foucault, a fin de situar las condiciones discursivas que hicieron posible su nombramiento, tratamiento y exclusión.

Asimismo, se incorpora la perspectiva psicoanalítica en relación a la locura, en tanto esta no se reduce a una categoría diagnóstica, sino que se presenta en los bordes de la experiencia subjetiva, en las fallas del lazo simbólico y en determinados momentos de análisis. En esta línea, tal como señala Capurro (2016), volver a la noción de locura permite descentrarse de las nosografías psicopatológicas y abordar aquello que no se deja capturar completamente por las clasificaciones clínicas.

De este modo el objetivo del trabajo no consiste en diagnosticar retrospectivamente a Roberto de las Carreras, sino en situar su experiencia en la intersección entre subjetividad, discurso y época, interrogando los modos en que la locura se construye, se nombra y se excluye. Se trata, en definitiva, de pensar la locura no como un dato natural, sino como un fenómeno históricamente producido, que encuentra en cada sujeto una forma singular de inscripción.

La búsqueda bibliográfica inicial sobre este escritor arrojó resultados relativamente escasos, en tanto se trata de un autor poco estudiado y marginal dentro del canon literario y crítico. No obstante, el material disponible, aunque reiterativo entre las distintas fuentes, resulta igualmente significativo y rico en contenido.

Si bien fueron considerados distintos autores en el desarrollo del presente trabajo, el acento está puesto en aquellos cuyas contribuciones me resultaron más relevantes para el abordaje propuesto. En este sentido, el análisis se estructura a partir de un recorrido por los principales aportes críticos sobre Roberto de las Carreras, comenzando con Ángel Rama (1967) quien inaugura una de las primeras aproximaciones críticas sistemáticas a la figura del autor, destacando el carácter transgresor de su escritura, seguido por Ricardo Goldaracena (1979) quien retoma y amplía esta lectura poniendo el acento en los vínculos entre vida, escritura y escándalo público y señala: “el hombre, la obra y la leyenda serán siempre los tres aspectos indisociables de Roberto de las Carreras” (Goldaracena, 1979, p.73); Carlos María Domínguez (1995) propone una mirada más biográfica y cultural, articulando la misma con su producción literaria, y finalmente Marcos Wasem (2015) quien ofrece una de las aproximaciones más recientes, con una perspectiva que contribuye a observar el reverso de un modernismo canónico, permitiendo percibir con mayor nitidez las tensiones que atraviesan el periodo, interroga la obra de Roberto de las Carreras dialogando con problemáticas contemporáneas del campo clínico y cultural (Wasem, 2015, p.12).

Una segunda parte del trabajo se orientará a desarrollar un recorrido por la historia de la locura, tomando como ejes los aportes de Michael Foucault (1961) se articula el enfoque con la historia de la locura en Uruguay, en tanto marcos que permiten contextualizar las formas históricas de conceptualización, tratamiento y exclusión de los llamados alienados.

## **PRIMERA PARTE: CONSTRUCCIÓN DEL CASO: COORDENADAS DE LA EMERGENCIA DE UNA POSICIÓN SUBJETIVA**

### **Contexto del 900**

Para aproximarnos a esta figura tenemos que remontarnos al siglo pasado, al Uruguay de fines del siglo XIX y comienzos del XX, un tiempo en que la vida social estaba atravesada por tensiones políticas y el modernismo literario comenzaba a dejar su huella en el Río de la Plata. Desde 1860 Uruguay se moderniza, se da la primera gran transformación en el medio rural, se procesa el cercamiento de los campos y el reforzamiento de la propiedad privada, sucede el pasaje del estanciero caudillo al estanciero empresario. La sociedad se estratifica con mayor velocidad, indicando el surgimiento de una sociedad burguesa, teniendo como aliados de este proceso la escuela vareliana, la Iglesia Católica y la medicina. (De Martino, 1995). En palabras de Barrán y Nahum:

Una ideología entonces finisecular, alimentada en el pensamiento enciclopedista, la creencia en el progreso indefinido a través de la ciencia y la difusión de la educación, y el rechazo del “prejuicio religioso” como factor explicativo del mundo y del hombre (Barrán y Nahum, 1896/1990, p.39).

El progreso urbano y económico, sumado a la estabilidad y ansias intelectuales, propició un acelerado desarrollo del pensamiento político, filosófico y estético.

El modernismo inaugurado por Rubén Darío en 1888, encontraba su representación en Uruguay de la mano de jóvenes poetas como ser Horacio Quiroga, Carlos Reyles, Florencio Sánchez, Julio Herrera y Reissig, Delmira Agustini, Maria Eugenia Vaz Ferreira, Carlos Vaz Ferreira, Roberto de las Carreras entre otros.

Dentro de los poetas mencionados se destaca Roberto de las Carreras, quien a pesar de la escasa trascendencia de su obra en la conformación del canon literario, ha sido reconocido como: “La más brillante figura latinoamericana del dandismo finisecular”(Rama, 1967, p.11), resaltando la singularidad y lo significativo de su personalidad, con una gran representatividad histórica, “protagonista de una crónica novelesca en cuyo carácter se mezclaron la elegante ironía de Alcibíades, la rebeldía romántica de lord Byron y el cínico libertinaje de Casanova” (MEC, 1973).

## La vida y la escritura como escenario del síntoma

Roberto nació en Montevideo el 22 de enero de 1875, en el seno de una familia patricia de las más acaudaladas del Río de la Plata. (Dominguez, 1998, p.465).

En la formación de la riqueza estanciera en el Uruguay del siglo XIX se inscribe la familia García de Zúñiga, (Real de Azúa, 1961), en tanto forma de acumulación económica y configuración de un linaje con fuerte impronta simbólica, pero es posible pensar que no solo bienes heredables tenían los García de Zúñiga, sino también una herencia patológica, una pesada carga genética que se seguía presentando transgeneracionalmente a algunos integrantes de la familia. La recurrencia de padecimientos mentales en los diferentes miembros del linaje contribuyó a constituir en el imaginario familiar, la noción de una herencia marcada por una transmisión psíquica compleja.

Su abuelo Mateo García de Zúñiga se casó con su sobrina Rosalía Elía, un casamiento consanguíneo, frecuente para aquella época, y del cuál no se sospechaba la importancia encontrada hoy en día en la explicación de la herencia de las diferentes enfermedades mentales.

De esta unión nacieron 4 hijos, entre ellos, Clara, figura relevante para el presente trabajo, en tanto madre de Roberto de las Carreras.

Clara contrajo matrimonio en 1860, unión de la que nacieron tres hijos, la separación se produjo en 1969 y el divorcio se formalizó en 1878.

En 1875 nació Roberto, quién es hijo de su relación con Ernesto de las Carreras fuera del vínculo matrimonial. Este dato biográfico resulta significativo no sólo en términos sociales, sino que puede leerse como un significativo organizador de su posición subjetiva, en tanto introduce una marca de origen que atravesará tanto su vida como su producción escrita.

Ese hijo ilegítimo, que nació en la quinta del paso de las Duranas, atravesó desde su nacimiento experiencias de marcada indiferencia afectiva (según consta en la correspondencia familiar de la época donde no se lo menciona). Estas experiencias tempranas pueden leerse como marcas que inciden en la constitución subjetiva, particularmente en relación con el lazo al Otro, y que encontrarán posteriores modos de tramitación en la escritura. "Siempre estoy solo" decía en una de sus poesías como presagiando el destino melancólico que le esperaba (Domínguez, 1998, p.245).

Este niño, cuya infancia estuvo marcada por intensas disputas familiares, pasando de las manos de su madre, a las de su abuela, volviendo a su madre para volver a perderla quedando en manos de unas tías, aún en su origen ilegítimo, creció entre halagos, que no hicieron más que alimentar su naturaleza caprichosa, egocéntrica y original que desembocó

en la literatura a temprana edad, allí encontró una forma ociosa que convenía a su escaso sentido práctico de la vida, y a los dones naturales de un “temperamento inquieto, ardoroso e imaginativo”(Russell, s.f.).

En este marco, decide asumir completamente la historia de su madre y su condición de hijo nacido fuera del matrimonio desoyendo las convenciones de la sociedad montevideana que esperaba de él silencio y discreción, frente a este mandato adopta una posición abiertamente desafiante, afirmaba “ha sido la única gran señora de este pueblo” y sostenía que si la moral de su tiempo exige condenarla optaba, por lo contrario. En esta reivindicación se advierte no solo una toma de posesión pública sino también la resistencia de un lazo filial marcado por una profunda lealtad afectiva(Rama, A, 1967, pp.11-12).

Diversos testimonios de la época destacan su llamativa gallardía, y su marcada presencia física, según relata Domingo Arena citado por Dora Russell, “Llegó Roberto, alto, elegante, muy fino, vestido a lo poeta, con traje claro, corbata elegante de moño y gacho de anchas alas. No se separaba jamás de su elegante junquillo...”

Esta cuidada construcción de la imagen personal no sólo reforzaba su orgullo de casta, sino también configuraba una estética deliberada. Detrás de esta puesta en escena se advertía una actitud desafiante: su sonrisa burlona, la altanería y sus alardes de elegante cinismo parecían encubrir un trasfondo de amargo descreimiento e insatisfacción (Russell, s.f., pp.333-335).

Pero Roberto no puede ser considerado como un aristócrata más del novecientos, ya que su biografía estuvo marcada por la condición de hijo ilegítimo, un rasgo que en aquel contexto histórico adquiere un peso social y simbólico significativo. También será la figura latinoamericana más brillante del dandismo finisecular y por ese camino practicó la máxima con la cual Oscar Wilde definió la figura del decadentismo inglés; poniendo su talento en la vida más que en los libros y haciendo de su propia vida una obra de arte “refinada, insólita y candorosamente cruel” (Rama, 1967, p.9). La creación del personaje en sí mismo se configura como un signo central en su economía subjetiva, en tanto implica una puesta en escena que desdibuja los límites entre vida y ficción, y operando como un recurso de sostén frente a aquello que no encuentra inscripción simbólica.

Como refiere Marcos Wasem, se trata de un autor invisible, debido a que ha sido reeditado en escasas oportunidades, autor del que además existe una mitología de libros desaparecidos de su autoría, así como inéditos que han sido preservados en la biblioteca familiar (Wasem, 2015, p.14).

Podemos decir que su obra actuó como sostén primordial de su estructura, pero también lo hizo el reconocimiento obtenido a través de ella por parte de la sociedad y los amigos.

La línea que separa vida y literatura parece haber sido sistemáticamente transgredida por Roberto de las Carreras, que “puso esmero en la creación del personaje de sí mismo, montado a través de una serie de signos, donde los libros no son un componente semiótico en menor medida que la ropa o ciertas opciones de vida” (Wasem, 2015, p.58).

En su obra, encontró un espacio de afirmación subjetiva al exponerse en la esfera íntima, sin embargo, esta se veía constantemente vulnerada por la dimensión pública de esa exposición confesional. La supuesta veracidad de dicha confesión resultaba ilusoria, ya que desde su origen había sido objeto de engaño en cuanto a su cuna y valoración social. Así, el gesto terminó por convertirse en un reflejo elaborado de la misma sociedad que lo condenaba al silencio (Dominguez, 1998, p.80).

Su primer obra, escrita a los 17 años, marca el inicio de una trayectoria en la que se advierte una progresiva mutación en su producción literaria, se lo verá entrando y saliendo de ese personaje que comienza a componer, hasta que en 1905, cuando publica *En onda azul*, el hombre había sido capturado por el personaje (Rama, 1967, p.10).

En su primer libro titulado *Poesías* en 1892, publicado a sus 17 años bajo el seudónimo de Jorge Kostai, se percibe el énfasis erótico que habría de dominar su obra, su vida y su leyenda, a su vez, en este poema aparece la primera pista de lo que será la composición de sí mismo como personaje teatral.

La palabra escrita comienza a cumplir su función de suplencia que lo sostendrá por 20 años más, creando nuevos elementos que irán aumentando su delirio el cual irá desarrollando y complejizando a lo largo de este tiempo (Goldaracena, 1979, pp.24-26).

Más adelante, con 19 años publica su poema *Al lector*, ya con el uso de su nombre, podemos ver los inicios de la composición del personaje:

De una obra tan notable era yo el principal  
Personaje, y no hacía  
Siempre, más que pensar en el dichoso día  
en que me aplaudiría una gran sala llena,  
Mirándome a mí mismo andar sobre la escena (Wasem, 2015, p.67).

Se presenta como escritor enfermo y maldito y asume un narcisismo sin destino, y en su producción se ve que comienza a privilegiar la intención de transgredir y desafiar las convenciones morales de su tiempo, antes que la búsqueda de una perfección formal en las imágenes poéticas (Dominguez, 1998, pp.82-83).

...Y yo un malvado, un eterno burlón,  
Que todo satirizo, hasta la religión.

A mi nada me impone y nada me gobierna,  
Y tu crees, lector, en la moral eterna...  
...Yo me hallo muy allá de la vulgaridad  
Y tú te encuentras dentro.

Se pretende aquí mordaz, ególatra e insolente permitiendo maltratar al lector, evidenciando una impronta marcadamente megalomaniaca.

La puesta en escena de sí mismo es la forma más eficaz de hacer público lo íntimo, como lo expresa Horacio Centanino citado por Marcos Wasem:

La teatralidad, como se ha dicho, es el núcleo fundamental de Roberto de las Carreras. Para él, nada fue demasiado íntimo, ni sus aventuras galantes ni el proceso de creación poética. Las ideas y los sentimientos, las posiciones ideológicas, la cultura literaria, y por supuesto el refinamiento mundano, todo debía hacerse visible y significativo (Wasem, 2015, p.68).

La exposición constante de la vida privada, de las ideas y de la producción literaria, no responde únicamente una estrategia estética, sino que cumple una función estructurante para él. La escritura y la puesta en escena operan como un recurso de sostén que permite organizar la experiencia y conferir sentido, aun cuando dicha operación se realice a costa de una progresiva expansión del delirio. Así la confesión pública y la teatralización del yo, en vez de constituir un acceso a la verdad subjetiva se configura como una forma de suplencia que lo sostiene. Como plantea Lacan (1974-76), la suplencia puede operar como un recurso que estabiliza la estructura en la psicosis.

Roberto de las Carreras será un actor muy activo en la prensa uruguaya, aprovechando las nuevas formas de difusión que ésta permitía, y a partir del novecientos va a aprovechar en particular a la prensa anarquista, ya que la misma le dará la posibilidad de llegar a un mayor público, asegurando la llegada inmediata de sus escritos (Wasem, 2015, p.76).

En 1894 publicó un folletín titulado *Amigos* en el diario La Razón que como en todas las obras de este autor está atravesada por referencias autobiográficas y toma datos y referencias de su vida para trasladarlos casi sin cambios a la literatura (Rama, 1967, p.17).

Escribía también para el diario El Día, donde publicó crónicas, artículos y ensayos, uno de ellos luego de cobrar la herencia de su padre quien había muerto en 1894 y ya cansado de ocultar el pasado familiar, expuso escandalizando a la ciudad el poema *Cuestiones Jurídicas. Mi herencia (Comentario al art.222 del Código Civil)*, donde hace

referencia a la imposibilidad que los hijos ilegítimos tenían de heredar en el ordenamiento jurídico uruguayo.

En el poema se configuran algunas de las bases constitutivas de su subjetividad, marcada por su condición de bastardo y que se construye a sí mismo como personaje literario marginal (Wasem, 2015, p.78).

Pero no creo ni por un momento,  
que ser bastardo sea denigrante.  
Al contrario me encuentro muy contento  
Por ello. Me parece interesante,  
original, feliz hasta elegante!  
[...]  
Para nacer todo he prescindido.  
La ley, la religión y la moral  
No han tenido, lector nada que ver  
Con mi cuna. Eso ha sido algo infernal  
[...]

En este marco, tras una serie de gestiones en torno a la herencia paterna (lo cuál reactiva la problemática de filiación), emprende su tan deseado viaje a Europa, pero no sin antes publicar dos poemas, *Poema sentimental* y *Desolación*, en los cuáles ya se advierten elementos que se reiterarán en su producción posterior. En estos textos comienzan a delinearse algunos de los signos que estructurarán su trayectoria: la tematización del amor por fuera de la norma, la crítica al orden matrimonial y la emergencia de una subjetividad atravesada por el exceso y la desmesura, que se sostendrá en una lógica de transgresión.

El transcurso de este viaje marca un punto de inflexión en el que se reconfigura su posición subjetiva, intensificando los rasgos previamente señalados y adquiriendo una mayor consistencia en su modo de presentarse ante el mundo. Es aquí donde se da su conversión definitiva al socialismo y a la doctrina del amor libre, así como la transformación de su visión de la sexualidad. Las Crónicas enviadas a José Batlle y Ordoñez para ser publicadas en su periódico *El Día*, serán el espacio que permitirá su elaboración subjetiva en la lejanía del viaje, en el que la escritura operará no solo como medio de expresión sino como recurso de tramitación frente al malestar, aunque sin lograr estabilizarlo. El aburrimiento y la indiferencia serán el eje central de su obra, representando un modo de colocarse en cierta actitud estética contestataria al mundo (Wasem, 2015, pp.73-79).

Estando en Trapani, en 1896, recibió la noticia de la muerte de su madre, este acontecimiento de fuerte valor subjetivo, lejos de ser elaborado de manera explícita retorna

en la escritura bajo la forma de un diálogo imaginario de carácter oscuro, en el que se advierte una marcada atracción hacia la muerte (Dominguez, 1998, p.79).

De esta forma, los elementos que en este periodo comienzan a delinearse se inscriben en una lógica que irá adquiriendo mayor consistencia en los años siguientes.

Cuatro años después, vuelve a Montevideo transformado en el perfecto dandy, había compuesto completamente el personaje que en adelante representaría consolidando así una modalidad de puesta en escena de sí que se volverá central en su economía subjetiva. Se instaló en el Hotel Piramides, el más prestigioso de Montevideo, además, estableció una tertulia en el café Moka, donde rodeado de sus secretarios dictaba sus obras (Rama, 1967, p.22-23). Estas escenas públicas pueden leerse como parte de una escenificación sostenida, en la que la figura del autor se constituye como espectáculo.

En una ocasión, en una fiesta del Club Uruguay, conoció a Dolores Estrazulas Price, una mujer casada que lo deslumbró, tal fue su obsesión que comenzó a enviarle cartas, le escribió nueve cartas de amor, lo que refleja una modalidad de vínculo marcada por la insistencia, solo una vez le contestó ella: “Si se atreve usted a escribirme una sola letra más y a fastidiarme con sus asquerosas y estúpidas insinuaciones, se lo diré a mi marido, para que le de a UD el castigo que se merece”. Frente a esto, los rasgos de grandeza que siempre aparecían en su vida y su obra, adquieren plena visibilidad, y contesta esta negativa a su propuesta afirmándose como figura excepcional dejando emerger un yo sobredimensionado frente al otro: “Comprendería su indiferencia si Ud tuviera un marido inteligente y hermoso, pero en su caso su conducta no tiene explicación y de mi punto de vista europeo es enteramente ridícula...” (Rama, 1967, p. 59).

Ante este suceso la escritura vuelve a operar como un recurso de tramitación simbólica de su conflicto, escribió *Sueño de Oriente*. En esta obra el personaje se caracteriza por ser narcisista, ya que se sitúa como excepcional, distinto, elegido, el cree firmemente que es amado y deseado. De este modo, la escena social, el vínculo con el otro y la producción escrita se articulan en una misma lógica en la que la construcción de sí como personaje, la búsqueda de reconocimiento y la imposibilidad de sostener el lazo en términos estables comienza a adquirir una forma cada vez más consistente.

La recepción escandalosa de su obra en la sociedad montevideana puede leerse como efecto de una escritura que no solo transgrede las normas morales, sino que hace de esa transgresión un modo de presentarse públicamente. Julio Herrera y Reissig lo celebra y escribe en las páginas del día “...Desde las primeras líneas aparece el Yo. Roberto de las Carreras ha querido aplaudirse antes que lo censuren” (Dominguez, 1998, pp.223- 226).

En 1898, los anarquistas fundaron el centro de Estudios Sociales, Roberto se integró plenamente a esta corriente, no solo a través de una explícita adhesión sino como actor activo de los debates y actos libertarios, escribiendo varios artículos en *La Rebelión*, sobre

el asunto de la afectividad anarquista (Wasem, 2015, pp. 125-126). Esta adhesión puede leerse no sólo como un posicionamiento ideológico sino como una extensión de su lógica de transgresión.

En ese tiempo conoció a Berta Bandinelli, su prima de 12 años, a quién poco tiempo después convirtió en su amante. De este lazo atravesado por la asimetría, la transgresión y la apropiación del otro en función de su propia lógica, nació Raul. Cuando la situación se hizo inocultable y luego de proclamar durante años los beneficios del amor libre, se casaron, él con 26 años y la novia con 14. Pero este matrimonio lejos de resignarse a las formas del amor burgués no demoró en mostrar sus propias dificultades. Al descubrir una infidelidad por parte de su esposa Roberto decidió hacer pública la aventura amorosa de su mujer, esto puede leerse como un signo de su modalidad subjetiva, en lo que lo íntimo es llevado a la escena pública, reafirmando la lógica de exhibición que atraviesa tanto su vida como su escritura. Publicó en el periodico anarquista *La Rebelión* un autorreportaje: *El Amor libre en Montevideo! Interview con Roberto de las Carreras*, nada deja de ser contado en este interview, “una emocionante defensa de la libertad de la mujer y una capacidad única para decir en serio las frases mas desopilantes de la literatura nacional...corresponde al gran movimiento de liberación feminista” (Rama, 1967, p.35). Si bien en 1902, la respuesta esperada habría sido la aplicación del derecho legal de matar a la mujer, Roberto renuncia a su privilegio masculino, mostrando respeto por la decisión de Berta y el derecho de su esposa a la “propiedad de su cuerpo”. Cortazzo (Los futuros del varón 2”), citado por Marcos Wasem, refiere a la dialéctica del marido y el amante que Roberto plantea en Amor Libre: “El propósito de Roberto es demostrar que es posible fundar una masculinidad más allá del autoritarismo machista..Amor libre celebra a la mujer que ha encontrado su propia autonomía sexual”, y sostiene este autor, que Roberto establece un ataque al privilegio masculino desde la óptica del dominador mismo, que constituye una propuesta para una nueva forma de masculinidad (Wasem, 2015, p.145).

No es casualidad que en este año, se presentó el primer proyecto de ley de divorcio en Uruguay en el mes de abril, de modo que el tema ya estaba sobre la mesa cuando en el libro a él se refiere (Wasem, 2015, p.143).

Al publicar el autorreportaje “El Amor libre...” comienza el distanciamiento de este con los anarquistas montevideanos. Esta obra ha ido más allá de lo que los anarquistas podían admitir en sus páginas, marcando grandes discrepancias en el seno del movimiento anarcosindicalista con respecto a las temáticas sexuales (Wasem, 2015, p.154). El hecho de ir más allá de lo admisible señala una lógica de exceso que desborda incluso los marcos de un movimiento ya de por sí transgresor.

En un contexto de declive económico, alejado de los anarquistas y aprovechando el éxito publicitario que había alcanzado con el “Interview” crea en 1903: *Interview Político con*

*Roberto de las Carreras* y subtítulo *Opinión del hombre de faldas sobre los sucesos de Estado. Entente diplomática entre los partidos y Roberto de las Carreras*. En este adopta una postura profundamente crítica hacia el orden social, moral y político de su tiempo. Su discurso combina crítica social, exaltación del individuo y un tono mesiánico, rasgos que permiten situar la emergencia de elementos que posteriormente se consolidarán como formaciones de carácter delirante que luego se harán más evidentes en su producción literaria. Formula opiniones sobre conflictos políticos nacionales, y reclama para sí un cargo diplomático en París: “El puesto de secretario me permitirá pasar triunfalmente de Montevideo al lecho de la Cavalieri, que es la hurí parisiense designada para mi rehabilitación de amante”; expresaba y termina el interview definiéndose como miembro de la “anarquía aristocrática” (Dominguez, 1998, p.358). Este reclamo de un cargo diplomático se inscribe en una lógica de atribución de un lugar excepcional.

De este modo podemos ver que el distanciamiento de los anarquistas, la radicalización de su discurso y la atribución de un lugar excepcional no se presentan como hechos aislados, sino como manifestaciones de una misma lógica, en la cuál el lazo social comienza a deteriorarse al tiempo que se intensifican las formas de autoafirmación del sujeto.

Al no obtener respuesta, comienza a escribirle cartas apremiantes a Batlle, en una de ellas en 1903, expresa una amenaza explícita: “Le envió mi declaración de guerra...Yo pierdo a la Cavalieri, pero lo arrastraré a la caída”. Y agregando como posdata: “Mi ultimátum espera tres días. Mi folleto subversivo...” con esta amenaza tampoco obtuvo resultados (Rama, 1967, pp.37-39).

Obsesionado en ese entonces con la diva parisina Lina Cavalieri, en lo que se inscribe en una construcción imaginaria en la que el objeto amoroso es elevado a una dimensión idealizada, funcionando como soporte de una fantasía de restitución narcisista, escribe un poema exaltando su belleza, éste se transforma en el texto más famoso de este autor, *Psalmos a Venus Cavalieri*. Este libro es para Roberto, la recreación de París en suelo uruguayo, concebido como ofrenda. Pero en esta obra, en la misma medida que se agudiza su imaginativo complejo erótico, comienza a evidenciarse un debilitamiento en el anclaje a la realidad “divagaba en un mundo convencional de grandes metáforas triviales, arrojado a una gesticulación erótica que le impedía ver lucidamente la vida” (Rama, 1967, p.40), dando cuenta de un desplazamiento hacia una escritura más exaltada, con rasgos eróticos, místicos y progresivamente desorganizados.

De este modo, la insistencia en obtener reconocimiento, la construcción de escenas idealizadas y la progresiva intensificación de la dimensión imaginaria no se presentan como fenómenos aislados, sino como elementos que dan cuenta de un proceso en el que la escritura deja de operar como sostén.

Con 30 años cumplidos, y bajo la impronta de un sentimiento que lo asediaba desde la infancia, comenzó a experimentar una ansiedad que lo mantenía en permanente tensión nerviosa (Dominguez, 1998, p.403), había perdido el contacto con la realidad, quedando inmerso en un mundo de metáforas vacías y entregado a una producción erótica que le nublabla la capacidad de comprender la vida con claridad (Rama,1967, p.40).

En 1905, alejado ya de la torre de los homenajes y de todos aquellos que allí se reunían, se sentaba cotidianamente frente a las ventanas del café Moka. En ese escenario fijo su mirada en una joven vestida de azul a quién dedicó un extenso poema en prosa *En Onda Azul*, cuya creación y posterior destino constituye un punto de inflexión ya que condensan una serie de elementos que venían gestándose y que aquí adquieren una forma de irrupción en lo real.

Una noche en el marco de una construcción amorosa sostenida en una lógica imaginaria (posiblemente mantenido por rasgos megalomaniacos que lo llevaban a asumirse correspondido) trepó hasta el balcón de la joven y dejó una canasta de rosas junto con sus poemas de amor. Esto puede leerse como un pasaje al acto, en el que la escena imaginaria se impone sobre las mediaciones simbólicas. El episodio tuvo un desenlace violento que introduce una irrupción de lo real que quiebra la escena construida, marcando un límite a la lógica que venía sosteniendo: al día siguiente, el hermano de la joven le efectuó dos disparos en el pecho y uno en el hombro. No había forma de extraer las balas sin comprometer su vida, por lo cual los médicos resolvieron dejarlas alojadas en los pulmones (Domínguez,1998, p.413).

Ya dado de alta, y como todo en él concluía en escritura, las dos balas alojadas en sus pulmones dan origen al folleto *Diadema Fúnebre*, donde refiere a su viaje al más allá, y al llamado que la muerte le hace (Wasem, 2015, p.180).

De este modo el episodio de *En Onda Azul* no solo constituye un acontecimiento biográfico relevante, sino que puede leerse como punto de quiebre en el que la lógica que venía organizado su posición subjetiva encuentra un límite, dando lugar a formas de expresión en las que la escritura ya no logra operar como sostén.

Para esa fecha, se encontraba casi en la indigencia, era urgente conseguirle un empleo, se había intentado enviarlo como cónsul argentino a La Plata, pero el gobierno de ese país se había opuesto por considerar a Roberto un inmoral, a cambio en 1907 fue nombrado cónsul del distrito de Paranaguá hacia dónde se dirige, concluyendo así el ciclo en el que su posición se sostenía en la escena pública y dando lugar a un periodo de progresivo repliegue y desarticulación (Rama,1967, p.42).

A este municipio del estado de Paraná, ubicado al sur de Brasil, a unos 90 km de Curitiba, llegó Roberto para desempeñarse como Cónsul, título cuya utilidad consistía en

despachar algún vapor de pasajeros o de granos, rumbo al estuario del Sur. Este traslado introduce un cambio de escenario que acompaña un proceso de aislamiento progresivo.

Instalado en ese sitio desde 1907, en sus folletos ya no se veía al dandy de siempre, y en sus escritos comienza a desplegarse un viraje hacia producciones de carácter místico, que puede leerse como intento de reorganización frente a la pérdida de los soportes previos, produciéndose así la apertura de una nueva etapa de su producción literaria, se observa un repliegue espiritual, una búsqueda de los misterios esenciales del Universo (Goldaracena, 1979, p.61).

Tal es así que llegó a tener la visión de un ángel enorme como un edificio, sostenido en la noche por alas que lo sujetaban a las estrellas, la imagen se desvaneció segundos después, pero esta visión lo llevó a escribir un largo poema *La visión del arcángel* que fue publicado en 1908 (Domínguez, 1998, p. 422). Lo cuál puede leerse como un intento de dar forma a través de la escritura a aquello que irrumpe en su mediación simbólica.

Fue *La visión del Arcángel*, su primer libro de carácter místico, en palabras de Ángel Rama, es la línea fronteriza que marca la entrada al purgatorio.

En este libro podemos ver al poeta,

[...] sumergido en los oscuros arcanos de la metafísica, que clama desesperadamente por las más peregrinas abstracciones que no son otra cosa que el nombre de Dios se nos presenta desnudo, despojado para siempre de aquel suntuoso estuche francés en el que se había alojado en otro tiempo para saludar a Eros y a Venus. El ex sibarita es ahora un asceta vegetariano (Goldaracena, 1979, p.63).

Lejos de sus amigos y sin encontrar otros nuevos, enviaba cartas incomprensibles a los de su tierra, empapadas en discursos sobreentendidos que eran reflejo de su creciente dificultad para comunicarse, donde se ve comprometida la posibilidad de sostener un lazo con el Otro a través del lenguaje (Domínguez, 1998, pp.422-423).

En 1909 edita en Curitiba dos nuevos libros, *El Cáliz* y *La Venus Celeste*, en una verborrea que delata una progresiva pérdida de anclaje a la realidad, pero que, en una retórica carente de sentido, resuena un acento verdadero: “anuncia ese instante de recogimiento interior, de soledad y melancolía del hombre perdido”. Ha escrito un libro voluminoso, pero en el que se ve que la capacidad de decir las palabras acertadas está perdida (Rama, 1967, p.43). Lo que permite situar una producción en la que la palabra ya no logra ordenar la experiencia, sino que evidencia su desarticulación.

Tras haber agotado diversas formas de transgresión, se sitúa en una suerte de retorno a la naturaleza, adoptando prácticas que pueden leerse como formas de

intervención sobre el cuerpo en un intento de restablecer cierto orden. En este periodo modifica significativamente sus hábitos: se vuelve vegetariano, consume grandes cantidades de huevos crudos y leche, se baña con agua fría tres veces al día y mantiene las ventanas abiertas sin importar la estación del año (Wasem, 2015, pp.190-191). Estas modificaciones en los hábitos corporales pueden interpretarse como intentos de regulación frente a una experiencia que desborda los recursos simbólicos disponibles.

De este modo, la producción escrita, las modificaciones en los hábitos y la dificultad creciente para sostener el lazo con el otro no se presenta como fenómenos aislados, sino como manifestaciones de un proceso en el que los recursos que antes operaban como sostén, dejan de cumplir esa función, evidenciando un avance en la desarticulación psíquica.

En 1912 publica su último libro, *Suspiro a una Palmera*, es el último texto que presenta antes de desaparecer al público por cincuenta años hasta su muerte.

Dedica el texto a “la Esfinge que custodia los desiertos” y el poeta “parece flotar en sus ensoñaciones”. Este desplazamiento en su escritura da cuenta de una modificación en su posición, en la que la escena pública y la provocación dan lugar a un repliegue de carácter más introspectivo. Ha abandonado para siempre los gestos panfletarios y las controversias públicas: el erotismo se organiza en una forma más elaborada, al tiempo que se atenúa la impronta de las preocupaciones metafísicas que atravesaba su producción mística anterior (Goldaracena, 1979, p. 70-73).

Luego de este último libro, lo que queda es una serie de manuscritos conservados en la biblioteca familiar, en el Departamento de Investigaciones Literarias de la Biblioteca Nacional, y en la biblioteca de la Universidad Católica Damaso Antonio Larrañaga en Uruguay. De estos, su sobrina nieta, Dora Isella Russel, sostiene que “ese trazo inteligible, entre largas parrafadas que no se comprenden, no es literatura, sino la confidencia, el desahogo de un espíritu enfermo y lúcido a la vez”, una escritura personal (Wasem, 2015, p.191). Esta caracterización permite situar una escritura que ya no apunta a la construcción estética, sino que funciona como descarga y sostén precario de la experiencia.

Carlos María Domínguez, quien accedió a manuscritos a través del Departamento de Investigaciones Literarias de la Biblioteca Nacional refiere:

Carecen de fecha, engañan la lógica, dan la impresión de jeroglíficos superpuestos en las paredes de una cueva. Es probable que las palabras allí escritas correspondan a distintas épocas de la vida de Roberto, aunque varias anotaciones permiten ubicarlas en su proceso de deterioro. No es difícil advertir que todo lo que un día configuró su orgullo y fortaleza, se muestra aquí vencido por una conciencia moral y torturante, que en ocasiones lo lleva a enseñarse

con la mujer, a arrepentirse de actitudes y confesar culpas. La conciencia moral, durante años cuestionada en soledad frente a toda sociedad montevideana, parece ganar esta partida al final que lo arroja a los brazos del delirio” (Dominguez,1998, p.437).

Las libretas encontradas son reflejo del grado en que la experiencia en Paranagua significaba un martirio que sólo podía ser sostenido a cuenta de la razón extraviada.

“Roberto! Roberto! Roberto!” exclama en sus libretas, como llamándose a sí mismo, “...Que hacer? Confiar en la brevedad de la vida. Para mí el tiempo no pasa. Roberto, a los hijos naturales no se los respeta!” (Dominguez,1998, p.424).

En otras escribe:

Hay personas que se interesan en turbarme el sueño en altas horas de la noche...anoche no me han dejado dormir, tengo casi fiebre. Automóviles bien intencionados se detienen haciendo un ruido insólito; podrían considerarse hasta graciosos si no fuera porque las puntas traen a menudo un veneno marcante. (Dominguez, 2015, p. 429).

En este punto, la escritura deja de operar como producción dirigida a un Otro y se transforma en un registro íntimo, desarticulado, que es más testimonio que elaboración de la experiencia. Esta producción no puede leerse como una continuidad de su obra anterior, sino como el testimonio de un proceso en el que la escritura, despojada de su función estética y social, queda reducida a un intento de sostener aquello que progresivamente se desarticula.

En este periodo comienzan a hacerse manifiestos una serie de fenómenos que el propio Roberto registra en sus libretas. Refiere a experiencias compatibles con fenómenos de robo de pensamientos y alucinaciones auditivas, así como la vivencia de comentario del propio pensamiento. A ello se suma la instalación progresiva de un delirio de persecución, expresado en formulaciones como “hay personas que se interesan en turbarme el sueño”, que da cuenta de la instalación de una vivencia de hostigamiento externo. La escritura de sus libretas opera así como resto y testimonio de esta experiencia: no ya obra literaria en sentido clásico, sino trazo de una subjetividad que intenta sostenerse frente a la disolución de sus coordenadas simbólicas. En este sentido puede pensarse [en la línea de Foucault (1961/2021)], como el “resto” de la experiencia de la locura, una tentativa de fijar por escrito lo que amenaza con disolverse en el silencio o en el encierro, de este modo la errancia y la escritura anteceden históricamente al destino hospitalario.

En el otoño de 1914 se trasladó a Montevideo. Allí vivió en un progresivo aislamiento que implica una ruptura sostenida de los lazos sociales: dejó de frecuentar los círculos sociales que había conocido, evitaba contacto con los demás y se negaba a hablar con cualquiera, con excepción de un adoelscente llamado Atilio Verdecanna. Durante aproximadamente tres años, Verdecanna transfiere frases que Roberto le dictaba, despojadas ya de la elegancia y la ironía que anteriormente le habían otorgado reconocimiento público (Domínguez, 1998, p.430). Esto puede leerse como intento de sostener la escritura a través de otro, en un momento en que ya no logra organizarla por sí mismo.

En 1915 compró un revólver calibre 38 y 25 balas, le dijo a su discípulo que debía defenderse, lo que da cuenta de la consolidación de una lógica persecutoria y sobre el dorso de la boleta escribió “¡Sale de herencia la locura, ¿eh?!”.

La cancillería le concedió una licencia tras otra, en 1923 pidió la jubilación por imposibilidad física que le fue negada, pero que dos años más tarde, con cuarenta y nueve años, se le otorgó y el dictamen expresa: “temperamento muy emotivo y exaltado”, “delirio crónico de persecución con alucinaciones auditivas”.

Su tía Delmira de las Carreras se ocupó de él, tuvieron que intentarlo debido a su estado en el sanatorio Las Acacias donde permaneció muchos años, marcando el pasaje definitivo del espacio social al dispositivo de encierro.

Con la muerte de su tía, su hijo Raúl se hizo cargo de su atención, en 1954 se lo llevó a vivir a su casa. No era sencillo convivir con un anciano que pasaba la mayor parte del tiempo hablando en voz alta consigo mismo o recitando poemas, y solo se dirige a los demás para reiterar dos pedidos, que llamaran a “la materna” y a José Batlle y Ordoñez para reclamarle la embajada de París. Roberto llamaba constantemente a su madre y vivió hasta su muerte sumido en una frustrante expectativa.

Aparte de esos reclamos, mantenía su comportamiento extravagante: comía apartado en su cuarto y solo verduras y un día despues de que se las sirvieran, tomaba mucha leche, pero únicamente cuando se cortaba, se bañaba con agua fría sin importar la estación, así como tampoco se tapaba ni cerraba las ventanas, se negaba a dormir porque “el sueño quita los sueños”, se introducía una cánula por la boca para hacerse lavados de estómago.

Tras la muerte de Raúl en 1960, siguió viviendo con su nuera y sus nietos, en la espera infinita de ese traslado tan ansiado a la embajada de París.

En 1963 su salud se descompensó y fue internado en el sanatorio de Las Piedras. Murió el 14 de agosto de 1963. Apenas conservaba la certeza de su necesidad que era reunirse con la materna, adjetivo que repetía en la soledad de su cuarto y que en palabras de Alba Medina (s.f.) en esta forma de designar a Clara, “el adjetivo quedaba convertido en

nombre propio, curiosa forma de sostener una verdad que a través de los años había sobrevivido al dolor”. Y este significante puede ser la forma en que logró sostener algo del lazo cuando este lazo falló desde el principio.

En términos lacanianos esta operación puede leerse como un intento de sostener un punto de anclaje subjetivo frente a una falla en el orden simbólico (Lacan, 1955-56/2008). En efecto, cuando el lazo con el Otro se encuentra comprometido, ciertos significantes pueden adquirir una función de sostén, organizando precariamente la experiencia del sujeto. En esta línea, el caso de Roberto de las Carreras presenta resonancias con el desarrollado por Freud (1911/2006) en el caso Schreber, donde la producción delirante no aparece únicamente como ruptura, sino también como un intento de reconstrucción de un orden frente a su desmoronamiento. Así “la materna” puede pensarse como un significante que opera como resto y soporte mínimo, en un contexto de desarticulación progresiva. Tal como plantea Capurro (2016), abordar la locura desde el psicoanálisis implica no reducir estos fenómenos a categorías diagnósticas, sino atender a las formas singulares en que cada sujeto intenta sostenerse frente a aquello que irrumpe como exceso.

### **Del erotismo al misticismo**

La obra de Roberto de las Carreras nos muestra al personaje que va desde una escritura centrada en el erotismo y la provocación estética, hacia otra que se centra en el misticismo y la experiencia delirante.

En este sentido, no se trata de un desplazamiento meramente, sino que implica una transformación en su economía subjetiva, en su relación con el Otro y en su modo de inscripción simbólica.

Roberto utiliza la escritura para sostenerse y darle sentido a su experiencia, es así que a través de esta logra sostener su economía subjetiva. Pero cuando a bordo de su nave de los locos llega a paranaguá, todo el capital simbólico que lo sostenía desaparece, pasa a ser un personaje desconocido, en una ciudad en la que no hablaban su misma lengua, y tanto su escritura como su puesta en escena dejan de tener importancia allí, pierde el anclaje simbólico que lo sostenía, y se da un viraje hacia el misticismo como un intento de recomposición subjetiva ante la caída del otro.

Por lo tanto, el pasaje del erotismo al misticismo en Roberto de las Carreras puede leerse siguiendo a Wasem, como una transformación de su economía subjetiva a partir de la caída del capital simbólico que sostenía su lugar en el lazo social. En este sentido articularlo con Bataille permite comprender que no se trata de un simple cambio temático, sino del pasaje de una experiencia erótica, aún mediada por el Otro, hacia una experiencia mística

como forma de respuesta límite, caracterizada por la ruptura del lazo simbólico y la irrupción de una vivencia que puede pensarse en el límite de lo delirante, en el sentido de un intento de dar forma a aquello que irrumpe por fuera de la mediación simbólica, tal como Freud lo plantea en su análisis del caso Schreber (Freud, 2012). Siguiendo esta lógica puede pensarse que el erotismo y misticismo en Roberto de las Carreras no constituyen momentos opuestos, sino una misma lógica de exceso que se desplaza.

Citando a Wasem en su referencia a Bataille:

En la última etapa, la afirmación de la soberanía se vuelca hacia la experiencia interior del erotismo, donde explora su faceta mística. Bataille habla de una comunicación entre lo erótico y lo místico; la diferencia entre ambos está para el filósofo en que la mística se da en el ámbito interno de la conciencia, sin intervención del juego real y voluntario de los cuerpos. A diferencia del erotismo, el misticismo implica una vía hacia un estado soberano del espíritu que pasa por la no dependencia de los condicionamientos materiales: al menos a primera vista, la experiencia erótica está subordinada al acontecimiento del que libera la experiencia mística. (Bataille, en Wasem, 2015).

En otras palabras y siguiendo esta línea, se trata de un pasaje no solo estético sino estructural, cuando el erotismo ya no logra sostener la relación con el Otro, emerge el misticismo como una forma de suplencia que reorganiza la experiencia subjetiva, en la medida que intenta restituir un orden allí donde el lazo simbólico se ha debilitado (Miller, 2010), aquí la escritura deja de ser una puesta en escena, a ser un vehículo para una verdad revelada.

A efectos de analizar este desplazamiento podemos dar cuenta de dos obras citadas en diferentes momentos de la vida de Roberto de las Carreras, como son *Sueño de Oriente* y *La visión del Arcángel*. Lejos de tratarse de un mero cambio temático (del erotismo al misticismo), esta selección permite ver la mutación existente en el modo de relación del sujeto con el Otro. Tal es así, que mientras *Sueño de Oriente* evidencia un exceso aún mediado por el lazo social, *La visión del Arcángel* da cuenta de la emergencia de una certeza no mediada en la que lo místico puede pensarse como una forma de reorganización subjetiva (Wasem, 2015).

*Sueño de Oriente* fue publicado en 1900 luego de volver de su viaje de Europa, “es la primera obra en la que Roberto de las Carreras incursiona en el género pornográfico...para representar el cuerpo femenino en escenas de erotismo exótico” (Wasem, 2015). Pero hay que tener en cuenta que en este texto el autor no está escribiendo simplemente algo erótico, está construyendo una experiencia de exceso, es decir, no solo

es narrador, sino que se construye como personaje sosteniendo una personalidad fundada en este exceso.

A partir de *Sueño de Oriente*, la producción del autor comienza a volverse progresivamente más provocadora, en este desplazamiento, aquello que inicialmente operaba como seducción pasa a generar rechazo. El reconocimiento antes obtenido se pierde, se transforma en burla. Pero la pérdida de este capital simbólico no implica únicamente una pérdida del reconocimiento sino una transformación más profunda en el lazo con el Otro. Aquello que anteriormente operaba como transgresión eficaz comienza a devenir en un exceso sin inscripción, dejándolo sin el sostén simbólico que organizaba su posición.

En 1907, ya instalado en Paranaguá, escribe *La visión del Arcángel*, su primer libro de carácter místico el cual evidencia una progresiva pérdida de anclaje a la realidad. El pasaje de *Sueño de Oriente* a *La visión del Arcángel* permite ubicar el desplazamiento fundamental en la economía subjetiva de Roberto de las Carreras. Mientras que en la primera obra el erotismo se presenta como una experiencia de exceso buscado, donde el goce se despliega sin mediación simbólica, en consonancia con la conceptualización de Lacan (2007), que lo define como aquello que excede a la regulación del orden simbólico. En ese contexto el sujeto se sostiene en la exhibición de su deseo. En la segunda obra, en cambio, se observa una reconfiguración: el goce deja de ser dominado y pasa a vivirse como invasión, dando lugar a la emergencia de lo sagrado como instancia de regulación.

## SEGUNDA PARTE: LA LOCURA COMO PROBLEMA HISTÓRICO Y DISCURSIVO

### La locura como construcción histórica

Para este análisis, el punto de partida bibliográfico será *Historia de la locura en la época clásica* de Michel Foucault, publicado en el año 1961, donde plantea que entender la locura implica rastrear las formas históricas en que las sociedades han delimitado la razón y excluido aquello que lo desborda, por lo tanto, la locura no puede pensarse fuera de las condiciones históricas que la producen y la nombran. Para ello visualiza el pasaje del loco en el Renacimiento y las derivas que la locura realizará por Europa, especialmente hacia finales de la Edad Media, proceso que culminará en los albores de la modernidad, con su progresiva medicalización y constitución como enfermedad mental.

Foucault comienza analizando la época del embarco, los locos en la edad media no se encierran, circulan por tierra y por mar como vagabundos, peregrinos, siendo la misma sociedad quien les entrega esa condición itinerante. La locura no es aquí presa del encierro, sino que circula. Para ello, toma como referencia una figura simbólica, la *Nef des Fous*, la nave de los locos, esta imagen literaria, inspirada en el ciclo de los Argonautas, y que fue tematizada por renombrados artistas y filósofos medievales. “La moda consiste en componer estas naves cuya tripulación de héroes imaginarios, de modelos éticos o de tipos sociales, se embarca para un gran viaje simbólico...” dice el autor, y del cual, entre otras obras, el cuadro de Bosco pertenece a esta flota imaginaria (Foucault, 2021, pp. 21-22).

De todos estos navíos novelescos, el *Narrenschiff* es el único que ha existido realmente, y sostiene el autor, estos barcos que transportaban de una ciudad a otra a estos alienados. De esta forma los locos tenían una existencia errante, expulsados de las ciudades vivían en una peregrinación constante. Se los dejaba recorrer los campos apartados, o se los encargaban a un grupo de mercaderes o peregrinos quienes debían trasladarlos y abandonarlos en otros puertos (Foucault, 2021, p.22).

¿Cuál es el sentido de la navegación de los locos? Según Foucault, posee una eficacia indiscutible ya que, al confiar a los locos a los marineros, se evita que el alienado merodee indefinidamente, se irá lejos y se volverá prisionero de su propia partida. Por otro lado, el agua opera como un espacio de exclusión móvil, lo lleva, pero además lo purifica, lo libra a la incertidumbre de su suerte, cada uno queda entregado a su propio destino.

Hacia el otro mundo es a donde parte el loco en su loca barquilla: es del otro mundo de donde viene cuando desembarca. La navegación del loco es, a la vez, distribución rigurosa y tránsito absoluto...Es puesto en el interior del

exterior, e inversamente...Encerrado en el navío de donde no se puede escapar, el loco es entregado al río de mil brazos, el mar de mil caminos, a esa gran incertidumbre exterior a todo. Está prisionero en medio de la más libre y abierta de las rutas: está sólidamente encadenado a la encrucijada infinita. Es el pasajero por excelencia, o sea, el prisionero del viaje...Sólo tiene verdad y patria en esa extensión infecunda, entre dos tierras que no pueden pertenecerle [...]  
(Foucault, 2021, pp. 26-27).

Siguiendo con la Historia de la locura en la época clásica, según Foucault, el periodo clásico inaugura una transformación radical en la manera que occidente comprende y gestiona la locura. No se trata simplemente de un giro médico, sino de un profundo movimiento cultural, moral y político que redefine el lugar del loco en la sociedad. Este proceso supone una reorganización de los límites entre razón y cordura, inscribiendo la experiencia de la locura dentro de un nuevo régimen de saber y poder.

Para Foucault, esta mutación permite comprender la experiencia que el clasicismo construyó de la locura la cual puede ser resumida de la siguiente manera:

1 La locura se convierte en una forma relativa de la razón (toda locura tiene su razón, y toda razón su locura, y cada una es medida por la otra). Y bajo la influencia principal del pensamiento cristiano queda neutralizado aquel gran peligro que el s XV había dejado expandirse. Ya no aparece como una fuerza muda capaz de hacer estallar al mundo, ni exhibe las violencias de la bestialidad ni la confrontación mayor entre saber y prohibición. Ha sido arrastrada al ciclo interminable que la enlaza con la razón, ambas se sostienen y se niegan mutuamente. Solo subsiste en relación con la razón.

2 La locura se convierte en una de las formas mismas de la razón. Y citando a Charron, Foucault expresa: “La sabiduría y la locura son vecinas cercanas. No hay más que una media vuelta de la una a la otra. Esto se ve en las acciones de los hombres insensatos” y continúa “no hay espíritu grande sin mezcla de locura. En este sentido los sabios y los poetas más audaces han aprobado la locura y el salirse de quicio de vez en cuando” (Foucault, 2021, pp.54-62).

Por lo tanto, en esta experiencia clásica, la gran amenaza que aparece en el horizonte clásico se atenúa. La locura ha dejado de ser en los confines del mundo una figura escatológica, ya no irá de un más acá del mundo a un más allá en su tránsito extraño, ahora ha atracado entre las cosas y la gente. Retenida y mantenida ya no es barca, como Bosco la pintó en “La nave de los locos”, ahora es hospital (Foucault, 2021, pp.72-73).

La locura terminará siendo considerada en la época moderna una enfermedad mental. La historia de la psiquiatría identifica su nacimiento de la mano de Philippe Pinel a principios del siglo XIX, en lo que suele presentarse como un acto mítico fundacional. En el

contexto de la revolución francesa, Pinel ingresa a los hospicios de la Salpêtrière y de Bicêtre, donde rompe las cadenas de los locos internados e interrumpe las prácticas de violencia sistemática que caracterizaba su tratamiento. Con este gesto se inaugura un tiempo que se pretendía de humanismo médico y de supuesta liberación. Sin embargo, la violencia no desaparece, se transforma. Aunque el encierro persiste y el control continúa ejerciéndose, se modifica el estatuto moral del loco y el lugar social de la locura dejan de ser los mismos. La locura ya no es expulsada a los márgenes errantes; sino que es fijada, observada y gestionada en el espacio hospitalario, bajo el discurso médico-psiquiátrico (Vomero, 2020, p.45).

### **Paranaguá y la Nave de los Locos**

Así como a los locos de la Edad Media, Roberto de las Carreras tuvo su propia “nave de los locos”, cuando luego de protagonizar incesantes escándalos y encontrarse al borde de la indigencia, fue enviado como cónsul a Paranaguá, en un gesto que puede leerse más como una forma de desplazamiento y exclusión social antes que como un verdadero reconocimiento institucional. En términos foucaultianos, Paranaguá funciona como un territorio de errancia y confinamiento ambiguo, donde la locura permanece visible pero desplazada, conservando todavía un estatuto de experiencia antes que de patología.

### **Configuraciones de la locura en Uruguay**

Según Barrán, en el Uruguay finisecular la imagen del loco era la antítesis del puritanismo burgués, identificándose a las virtudes y conductas burguesas con la normalidad, así la enfermedad mental se configuraba como la desobediencia a los valores establecidos que por lo tanto amenazaba el orden social. El loco encarnaba la transgresión inaceptable de las disciplinas necesarias para la vida en lo mental, económico, social y familiar, encarnando la máxima violación del orden establecido. La enfermedad mental, por lo tanto, se configura como la encarnación de una desobediencia frente a una doble instancia de orden: por un lado, el mandato social, por el otro las exigencias de la propia conciencia (Barrán, 1995).

Debido a la extensión del concepto de enfermedad mental hacia zonas de comportamiento que previamente entraban dentro de la norma, sumado al avance de la

razón y sus exigencias en una organización social, económica y cultural que cada vez era más exigente con determinados comportamientos, y que por lo tanto calificaba como anormales los que escapaban de ese marco, se dio un gran aumento de la locura con la consiguiente medicalización de comportamientos que antes eran considerados normales (Barrán ,1995).

La conducta normal pasó a ser el predominio de lo intelectual sobre lo emocional. Se le exigía a la gente ser normal para lograr una organización social, económica y cultural, la cual necesitaba comportamientos racionales, clasificando como anormales a aquellos que no se ajustaran a esas normas (Barrán, 1995).

### **El encierro en el Montevideo colonial**

Montevideo Colonial no contaba con establecimientos enfocados en el tratamiento de enfermos psiquiátricos, hasta la primera mitad del siglo XIX los locos podían ser reclusos en los calabozos de Cabildo junto a personas detenidas por diferentes delitos. Los testimonios de la época refieren a la presencia de enfermos psiquiátricos en sus hogares o en las calles, librados a la buena voluntad de las personas, así como a las burlas y humillaciones de los mismos (Duffau, 2015, pp.22-23).

En las clases medias altas, el loco de la familia era escondido en el rincón más apartado de la casa y privado de toda libertad, como fue el caso de Clara Garcia de Zuñiga la madre de Roberto, quien fue recluida en el mencionado altillo construido para tal fin.

La presencia de un pariente con psicopatía era algo familiarmente vergonzoso sin importar su situación socioeconómica (Duffau,2015, p.25).

En 1852, se creó la primera Comisión de Caridad Beneficencia Pública.

Comisión de Caridad: Administradora de un depósito de desamparados que la sociedad segregaba de su seno y a los que solo cabe el consuelo de la resignación bajo el amparo de la caridad cristiana, que una institución al cuidado de la cual estuviera el promover la salud, luchar por la mejor asistencia, brindar a los pacientes las mejores oportunidades de curación, así como a los médicos para ejercer con mejor provecho su magisterio (Mañé Garzón citado por Duffau,2015, p.135).

El Hospital de Caridad quedó en manos de una comisión auxiliar que también se encargaría de velar por los enfermos psiquiátricos. En 1860 se realizó el primer traslado de enfermos psiquiátricos desde el Hospital de Caridad hasta el Asilo de Dementes. En 1880, abre sus puertas el primer Manicomio Nacional, que se llamará más adelante Hospital Vilardebó. En 1907, se crea la Cátedra de Psiquiatría, la cuál comenzó a funcionar en el Hospital Vilardebó, y si bien era dirigida por el Dr. Etchepare, consolidando el rol del psiquiatra y legitimándolo como médico autorizado para diagnosticar, recién en 1911, con la aprobación de la Ley de Asistencia Pública, consiguieron la expulsión de las religiosas del hospital, alcanzando así el control monopólico de la institución (Duffau, 2015, p.87).

Entre 1860 y 1910 se sucedieron distintos sistemas que explicaban los desórdenes mentales, la locura dejó de ser una definición general, y empezó a clasificarse en distintos estados psicóticos. La etiología de las enfermedades combinó las causas biológicas con las sociales. Por un lado, estaban la debilidad mental, epilepsia, parálisis y demencia, que se asociaban a causa orgánicas, y por el otro lado se encontraban las neurosis (que incluyen histeria y distintos tipos de manía) y eran asociadas a la combinación de causas biológicas y sociales (Duffau,2015, p. 107).

Entre las causas sociales de la locura, Duffau en su libro *Historia de la Locura en Uruguay (1860-1911)*, refiere a la sexualidad psicoatologizada, destacando que la visión sobre las relaciones sexuales en esa época estaba acompañada por una idea rectora que era la necesidad de reproducir a la especie, por lo cual la idea de sexualidad que desarrollaron los médicos de esa época se asociaba a la necesidad de formalizar las relaciones de pareja a través de algún tipo de enlace matrimonial. El matrimonio era "la más preciosa garantía contra la degeneración y las enfermedades que concluyen con la especie humana". Destaca, además, en esta relación sexualidad - locura, el vínculo que esta tiene con la sífilis, dado que esta enfermedad podría provocar trastornos psiquiátricos. Existía además una suerte de acuerdo social de la época, que se rompió cuando el hombre o la mujer no cumplían con el rol que la sociedad esperaba (Duffau,2015; p.203-204).

La homosexualidad también era patologizada, siendo una práctica que se cuestionaba desde lo biológico y la salud mental, apareciendo esta relación entre homosexualidad y locura, no solo en las publicaciones médicas sino también en la cultura popular. Un ejemplo de esto es la réplica pública firmada por Roberto de las Carreras destinada a responder al poeta Armand Vasseur quién había criticado una de sus obras, y donde dejaba constancia que Vasseur era un conocido homosexual y por lo tanto un alienado inferior, recurriendo así a la orientación sexual no como una descripción sino como una descalificación, funcionando como un insulto legitimado por el saber psiquiátrico y el capital simbólico. Las respuestas de Vasseur se llenaron de términos propios del discurso psiquiátrico, así como de alusiones a la herencia. En este sentido, enfatiza la herencia

materna, ya que su madre había sido declarada incapaz, y construye una imagen de la sexualidad del dandi como promiscua y patológica, inscribiéndola en una lógica de degeneración hereditaria:

Lleva en su psiquis como un círculo infernal los morbos irreductibles de una triple herencia alcohólica, sifilódea y prostibular de cuya imanación genealógica fluyen como tentáculos fenomenales sus tendencias morbosas, sus hábitos inconfesables y sus vicios prohibidos y hasta su latente albúmina criminal (Duffau, 2015, p.209).

Entre otras de las causas que se asociaban a la locura, se encontraban las opciones políticas contestatarias, según el historiador Roy porter citado por Duffau, la comuna de París (1871), sirvió para que el degeneracionismo francés psicopatologizara estas prácticas, habilitando un amplio enfoque analítico en el que las opciones políticas eran relacionadas con la enfermedad mental. A su vez la criminología positivista promovió la patologización de los disidentes políticos, asociándolos con conductas similares a la de los delincuentes o a las de los enfermos psiquiátricos. El anarquismo fue estudiado como parte de una tipología criminal. La transición entre los siglos XIX y XX, estuvo atravesada por el convencimiento de una especie de conspiración anarquista internacional que buscaba imponer el caos en todo el mundo. En Uruguay la represión contra el anarquismo no tuvo la virulencia observada en otros países, e incluso muchos anarquistas se integraron a la vida política bajo el influjo del batllismo. Tanto es así que Roberto de las Carreras se unió a los círculos anarquistas, al tiempo que mantuvo su vínculo con Batlle y su producción escrita para el diario batllista El Día.

Desde la década del ochenta del siglo XIX, para los psiquiatras, el prototipo de loco político fue el militante anarquista. El anarquismo como opción política fue patologizado por los médicos del período y, en concreto por los psiquiatras, que consideraban esta opción como parte de una neurosis más general. Según la visión médica, el anarquista estaba fuera de la realidad, y allí encontramos la vinculación entre enfermedad y las causas morales...El loco por su conducta su actitud y por desobediente, subvertir el orden social, mientras que el militante político revolucionario o violento también planteaba a su modo, la destrucción de ese mismo orden y la desobediencia a las autoridades (Duffau, 2015, p.225).

La prédica anarquista cuestionaba la moral dominante al promover la idea de amor libre, idea en la cual Roberto de las Carreras se embanderó, escribiendo un libro del que el primer capítulo circuló en el diario anarquista La Rebelión, donde el autor impugna el amor

burgués, reivindicando la infidelidad y buscando rescatar a la mujer de su función de madre y propiedad privada del varón. Para los militantes, el amor libre expresaba la posibilidad de establecer relaciones de pareja al margen del matrimonio. Por su parte, los sectores gobernantes entendían que esto contribuía a la degeneración de la raza, dado que, los libertarios podían mantener relaciones sexuales sin importar la carga patológica hereditaria de la otra persona.

## REFLEXIÓN FINAL

El recorrido realizado a lo largo de este trabajo permite sostener que la locura, lejos de constituir un fenómeno exclusivamente clínico o individual, se configura como una experiencia situada, producida en la intersección entre condiciones históricas, discursos sociales y modos singulares de subjetivación.

En el caso de Roberto de las Carreras su trayectoria vital no puede ser comprendida únicamente en términos psicopatológicos, sino como una producción situada, atravesada por el momento histórico y por las condiciones morales de la época. Su padecimiento emerge en un tiempo en que la psiquiatría comienza a instituirse en Uruguay como saber regulador, aún sin categorías sólidas que permitan alojar formas de subjetividad que desbordan la norma sin quedar plenamente capturadas por el diagnóstico.

Si bien su vida estuvo marcada por múltiples dificultades y conflictos, puede pensarse que su “purgatorio” comienza al navegar por las aguas de la incertidumbre hasta ser desembarcado de su nave personal de los locos en Paranaguá, una tierra lejana y ajena a los horizontes culturales que había imaginado en París, mientras que el rechazo argentino refuerza el desarraigo.

Tanto este rechazo recibido en La Plata, como su posterior estadía en Paranaguá, operan como hitos en una exclusión que no se limita al plano geográfico, sino también simbólico. El desarraigo sufrido puede leerse como una ruptura decisiva del lazo social, la pérdida del lugar de reconocimiento parece haber intensificado el desencadenamiento de una respuesta subjetiva que no encontró un Otro capaz de ofrecer sostén, quedando así la escritura y el escándalo como intentos de restitución de un orden posible.

Por otro lado, su pertenencia a la burguesía le permitió una forma particular de circulación de la locura menos marcada por el encierro manicomial y más cercana a la excentricidad tolerada. Este privilegio no elimina el sufrimiento, pero sí atenúa el estigma y modifica el modo en que la locura es leída, intervenida y sancionada. En este punto el caso pone en evidencia un aspecto central: no toda locura se presenta de la misma manera ni ocupa el mismo lugar en el campo social. El capital simbólico, la posición de clase y las redes de reconocimiento modulan los modos en que la locura es leída, tolerada o excluida.

La articulación con los aportes de Michel Foucault ha permitido situar como estos procesos no responden a una esencia de la locura, sino a modos históricos de delimitar la razón y sus márgenes. Así como la errancia, el encierro y la medicalización no son meros dispositivos de tratamiento, sino formas de gestión de aquello que resulta insoportable para el orden social.

Sin embargo, el psicoanálisis introduce un desplazamiento fundamental en relación a estas perspectivas. Como lo plantea Raquel Capurro (2016), la locura no se reduce a una entidad nosográfica, sino que se presenta en ciertos bordes de la experiencia analítica, en momentos de desestabilización subjetiva y en las vicisitudes de la transferencia. Este enfoque permite abordar la locura más allá de la lógica clasificatoria, atendiendo su dimensión singular.

De este modo la locura atribuida a Roberto de las Carreras puede leerse menos como un hecho clínico que como un proceso de patologización de posiciones estéticas, morales y políticas que desbordan los dispositivos de normalización propios de la modernidad rioplatense. Roberto de las Carreras encarna una subjetividad que resiste ser capturada por las categorías estabilizadas de su época, revelando los límites de un orden social que expulsa aquello que no logra asimilar (Wasem, 2015; Dominguez, 1998).

En definitiva, pensar la locura desde el psicoanálisis implica sostener esa tensión: entre lo que puede ser dicho y aquello que desborda toda significación, entre el intento de clasificación y la singularidad de cada sujeto.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Autores del Uruguay. (s.f.). *Berta Bandinelli de las Carreras* [Fotografía].  
<http://www.autoresdeluruguay.uy/>
- Barbosa, C. (s.f.). Paranaguá- Fotos antiguas. Blogspot.  
<http://christianbarbosa.blogspot.com/p/paranagua-fotos-antigas.html?m>
- Barrán, J.P. (1995) “*Medicina y sociedad en el Uruguay del Novescentos*” (Tomo 3: “*La invención del cuerpo*”) Ediciones La Banda Oriental, Montevideo.
- Barrán, J. P., & Nahum, B. (1990). *Battle, los estancieros y el imperio británico* (Vol. 2, *Un diálogo difícil*). Banda Oriental.
- Biblioteca del Poder Legislativo. (s.f.). Sueño de Oriente [Imagen digital].  
<https://pmb.parlamento.gub.uy>
- Blanes, J. M. (1857). Retrato de Clara García de Zuñiga [Oleo sobre tela]. Museo Juan Manuel Blanes. <http://blanes.montevideo.gub.uy>
- Capurro, R. (2016). *El psicoanálisis, ¿un tratamiento para enfermos mentales?* Revista Ñácate.  
<http://www.revistanacata.com/wp-uploads/2016/10/El-psicoanálisis-y-la-locura-R.-Capurro.pdf>
- Carbajal, M.I. (2008). *Roberto de las Carreras: duelo y ocaso del dandi iberoamericano* (Tesis de maestría). Universidad de los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”.
- De las Carreras, R. (1967). *Salmo a Venus Cavalieri y otras prosas*. Arca.
- De Martino M. (1995). Una genealogía de la familia uruguaya: Familia y modernización en el Uruguay del 900. *Fronteras*, (1), 17-54.
- Dominguez, C. M. (1998). *El bastardo: La vida de Roberto de las carreras y su madre Clara* (5ªed.). Cal y Canto.
- Duffau, N. (2015) “*Discutir la cárcel, pensar la sociedad.*” “*El debate sobre los “locos criminales” en el Uruguay del Novecientos. Análisis histórico de una problemática actual.*” Pp.75-89. Ediciones Trilce, Montevideo.
- El Bosco. (c. 1490-1500). La nave de los locos [Pintura al óleo sobre tabla]. Wikipedia.  
Recuperado 15 de enero de 2026.  
[https://es.wikipedia.org/wiki/La\\_nave\\_de\\_los\\_locos](https://es.wikipedia.org/wiki/La_nave_de_los_locos)
- Freud, S. (2006). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Schreber)*. En J.L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol.XII). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911)

- Foucault, M. (2021). *Historia de la locura en la época clásica I* (3ª ed. rev., 1.ª reimp.). Fondo de Cultura Económica.
- Goldaracena, R. (1979). *Roberto de las Carreras, poeta*. Ediciones del Ex-libris.
- Lacan, J. (2008). *El seminario, libro 3: Las psicosis* (J. D. Nasio, Trad.). Paidós. (Seminario dictado en 1955-1956)
- Lacan, J. (2007). *El seminario, libro 20: Aún*. Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. (1975-1976). *El seminario, libro 23: El sinthome*. (R. Rodríguez Ponte, Trad.). Paidós.
- Martínez Moreno, C. (1968). El aura del novecientos. En *Historia de la literatura uruguaya* (Tomo I, p.131). Ediciones de la Banda Oriental
- Medina, A. (s.f.). *Un delirio Montevideano* [Manuscrito no publicado]
- Miller, J.A. (2010). *Introducción a la clínica lacaniana*. Buenos Aires. Paidós.
- Peatonaltours. (s.f.). *Roberto de las Carreras* [Fotografía]. Instagram  
<https://www.instagram.com/peatonaltours>
- Rama, Á. (1967). Prólogo. En R. de las Carreras, *Salmo a Venus Cavalieri y otras prosas* (pp.7-46). Arca.
- Real de Azúa, C. (1961). *El patriciado uruguayo*. Asir.
- Retamoso, I. (2019, 18 de enero). *El gran profano* [Fotografía]Brecha.  
<https://brecha.com.uy/el-gran-profano/>
- Russell, D.I. (s.f.). *Roberto de las Carreras, iniciador del simbolismo en el Uruguay* [Texto sin datos editoriales].
- Soiza Larrosa, A. (1992). Un célebre juicio de incapacidad a fines del siglo XIX y la herencia patológica del poeta Roberto de las Carreras. *Sesiones de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina*, IX-X, 160-168.
- Visca, A.S. (1973). Roberto de las Carreras. *Revista de la Biblioteca Nacional* (7), 27-32.
- Vomero Cabano, F. (2020). *Enfermos y anormales: Anarquismo y psiquiatría en Uruguay en la primera mitad del siglo XX*. Alter Ediciones.
- Wasem, M. (2015). *El amor libre en Montevideo: Roberto de las Carreras y la irrupción del anarquismo erótico en el Novecientos*. Ediciones de la Banda Oriental

## ANEXO I: ARCHIVO FOTOGRÁFICO

### Figura 1

*Retrato de Roberto de las Carreras*



*Nota.* Imagen tomada de Retamoso (2019)

### Figura 2

*Retrato de Roberto de las Carreras*



*Nota.* Tomado de peatonaltours (s.f.). Instagram

**Figura 3**

*Retrato de Clara Garcia de Zuñiga (1857)*



*Nota.* Óleo sobre tela, Juan Manuel Blanes. Museo Juan Manuel Blanes

**Figura 4**

*Retrato de Berta Bandinelli de las Carreras*



*Nota.* Fotografía tomada de Autores del Uruguay (s.f.)

**Figura 5**

*Sueño de Oriente*



*Nota.* Imagen digital tomada de la Biblioteca del Poder Legislativo (s.f.)

**Figuras 6, 7 y 8**

*Imágenes Antiguas de Paranaguá*

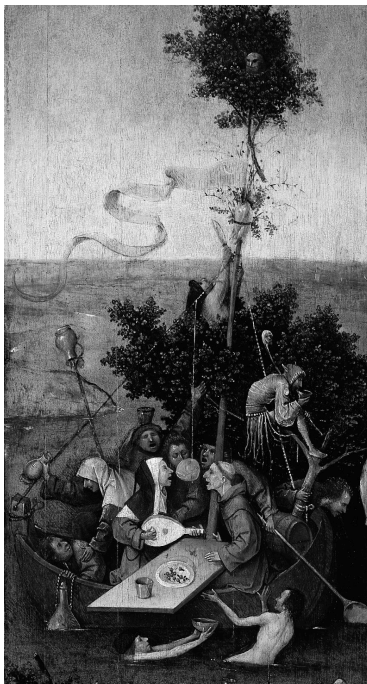




*Nota.* Fuente: Barboza (s.f.)

## Figura 9

*La nave de los locos*



*Nota.* Reproducción de *La nave de los locos*, por El Bosco (c.1490-1500), tomada de wikipedia

## ANEXO II: ENTREVISTA A MARCOS WASEM (FRAGMENTOS)

En el marco del presente Trabajo Final de Grado, se realizó una entrevista a Marcos Wasem, autor de *El amor libre en Montevideo, Roberto de las Carreras y la irrupción del anarquismo erótico en el Novecientos*, publicado en.... Su texto constituye un aporte central en este trabajo.

La entrevista fue llevada a cabo junto a la Asis. Mag, Paola Behetti el día miércoles 18 de febrero del presente año, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. El intercambio tuvo como objetivo profundizar en algunos de los conceptos trabajados por el autor, así como ampliar y problematizar ciertas líneas de análisis relevantes para este trabajo.

Cabe señalar que a continuación no se transcribe la entrevista en su totalidad, sino que se recuperan algunos fragmentos significativos.

[...]

**Paola Behetti (PB):** La idea no es el caso desde la psicopatología, sino el caso como una especie de ejemplificación del tratamiento de la locura, del devenir en ese momento.

**Marcos Wasem (MW):** De hecho, alguien lo diagnosticó en algún momento. O sea, él se trataba con José Ingenieros. Se trataba en el Instituto Frenopático Argentino.

**PB:** ...Hay una experiencia mística...Tiene un giro religioso al final.

**Andrea Blanco (AB):** Todos los últimos libros son místicos. Nosotros planteamos como "la nave de los locos" cuando lo mandan.

**PB:** O sea ¿qué fue eso? Es la pregunta. Porque uno empieza a leer y ve claramente que es una cosa antes, donde él era un personaje en conflicto constante y en reivindicaciones múltiples con su entorno, pero era alguien y lo mandan al exilio...

**MW:** De hecho, él le pide a Batlle la embajada de París y no le hacen caso entonces lo mandan ahí. Lo intentan mandar a La Plata que lo rechaza. Los argentinos lo conocían bien y no querían saber de él.

[...]

**MW:** La letra de él es muy difícil de leer, es bastante dura de leer, pero generalmente contrataba secretarios y dictaba...En testimonios dicen que se sentaba en el café con un secretario y esperaba la inspiración...y bueno esa cuestión mediúmnica después aparece bastante en la escritura, al final.

[...]

**MW:** yo en el cuarto capítulo trato de atar este giro místico; con la cuestión erótica...Lo que significó el modernismo y los cambios que trajo a la literatura. Entonces hay un tema de exploraciones místicas alternativas que se dan en la época. Es un momento en que la iglesia empieza a perder terreno y hay una especie de llamado místico, pero a su vez hay todas estas alternativas que empiezan a aparecer en el espiritismo, en el vegetarianismo, en el naturismo. Y entonces hay una serie de obras, que estoy de acuerdo con la hipótesis, que propone una suerte de espiritualidad erótica que implica un retorno al paganismo. Entonces hay una cuestión con el misticismo de Roberto de las Carreras que no parece ser exactamente cristiano si bien la cuestión del cristianismo aparece porque la familia de él era curiosamente colorada y católica...Y el, bueno tiene esa cuestión de ruptura con el cristianismo en el libro sobre el arcángel.

En ese libro hay un tema sobre quién es el arcángel. Yo digo que puede tener que ver con una cuestión un poco satánica porque el arcángel es descrito como un ángel caído y entonces hay una cuestión ahí. Me parece que creo que hay ataduras por ese lado.

**PB:** Pero sí, con respecto a toda la literatura anterior que parece más bien erótica y divertida, parece un giro tremendo. Hay un quiebre ahí.

**MW:** Yo no sé si interpretarlo como quiebre o como una exploración del mismo tema por otras vías. Porque al final yo te dije que yo sigo a Bataille. El erotismo, la muerte y el misticismo son todo lo mismo. Básicamente.

**PB:** Entonces, está explorando dos caras de la misma moneda, me parece en esa visión. Yo escucho otra cosa, escucho que al quedarse sin el marco de referencia con el que estaba contando, aunque fuera con muchísimo conflicto, en un lugar donde la lengua es otra, donde el es otro, porque no lo conocen. Algo se anuda de otra forma psíquicamente.

[...]

**PB:** ¿Cómo pasó de ese dandy absoluto de su juventud? ¿Cómo fue eso?

**AB:** La nave de los locos cuando se va...yo creo que va por ahí, por la pérdida del capital simbólico donde pasó a ser nadie.

**PB:** Y después, al regreso no busca volver a esa identidad perdida, digamos a ese entorno en el que tenía su lugar...

**MW:** No, pero además el entorno había cambiado mucho...mucho de la gente que constituye la generación del novecientos ya había muerto. Todos mueren antes. O sea, no vuelve al mismo lugar ni por casualidad.

[...]